

La agonía del modelo cultural del PSOE

INFORME XXVII



FUNDACIÓN DISENSO

Pº. del General Martínez Campos 21, 1ºA.
28010, Madrid
info@fundaciondisenso.org
prensa@fundaciondisenso.org

Índice

Introducción	5
1. Del príncipe Felipe en Barcelona 92 a la descolonización cultural del ministro Urtasun	6
2. De desmovilizar el comunismo a rendirse al <i>wokismo</i>	8
3. La potencia pop de Alaska: ¿es posible ser símbolo de la Movida con el PSOE y de la libertad cultural con Ayuso?	11
4. De la pasividad de Alianza Popular a la complicidad del Partido Popular	13
5. De los sindicatos a los abanicos	16
6. La «cultura libre» contra la SGAE	19
7. Del Oscar de Almodóvar al antiprogresismo de «Alcarrás»	21
8. Esplendor y decadencia del grupo Prisa	23
9. De “El que no esté <i>colocao</i> que se coloque” de Tierno a los museos vacíos en media España	26
10. De Carmen Maura a Inés Hernand y la explosión del feminismo	29
Nota final	31

Introducción

La aspiración de este informe es argumentar que el modelo cultural del PSOE ha perdido casi toda su eficacia. La hegemonía comenzó a cocinarse a finales de los años setenta y tuvo una etapa de esplendor deslumbrante entre el arrase electoral socialista de 1982, mayoría absoluta con diez millones de votos, hasta los fastos del Quinto Centenario del descubrimiento de América en 1992, que también incluyeron la Expo 92 de Sevilla y la capitalidad Europea de la Cultura de Madrid. Además, durante esos diez años, el PSOE desplegó un amplio dominio del panorama mediático público y privado. A partir de ese punto, el paradigma muere de éxito y se amuerma en quince años de desorientación, con la inestimable ayuda de la pasividad o complicidad de la derecha. Todo un contraste con la energía institucional del progresismo, que siempre actuó conforme al lema acuñado con ironía por el exministro José Guirao: «Todo para el público, pero sin el público y con dinero público».

Hoy el modelo está en punto muerto, ya que se basa en lógicas de un periodo de expansión económica y dominio socialdemócrata que ha dejado de existir. Además, se ha enganchado de manera artificial a esquemas del progresismo estadounidense y la militancia *woke*, ajenas por completo a la cultura popular española. He preferido centrarme en los análisis críticos de ensayistas de izquierda, casi siempre más demoledores sobre las disfunciones progresistas que los de los pensadores de derecha, conservadores y reaccionarios. El texto se divide en diez subtítulos, que se pueden leer en el orden que se prefiera. En casi todos los casos la situación degenera desde formas culturales abiertas e inclusivas a lógicas activistas divisivas, con la natural pérdida de influencia.

1. Del príncipe Felipe en Barcelona 92 a la descolonización cultural del ministro Urtasun

La imagen más simbólica del triunfo de nuestro actual sistema político es la del príncipe Felipe –hoy rey Felipe VI– ejerciendo de abanderado del equipo olímpico español durante la ceremonia inaugural de los juegos de Barcelona 92. Quien mejor ha analizado este momento histórico es el filósofo izquierdista Eduardo Maura, descendiente de la conocida dinastía política, en su ensayo *Los 90. Euforia y miedo en la modernidad democrática española* (Akal, 2018). «Esa imagen simboliza la facilidad para reconstruir la legitimidad de la monarquía. Eso que se ha llamado Régimen del 78, de forma un tanto despectiva, es una fuente inagotable de producción de su propia legitimidad. Es mucho más cambiante y fluido de lo que pensamos. No solo son la monarquía y los viejos partidos que se recomponen. El Régimen del 78 es un organismo vivo que encuentra momentos de los que alimentarse y que se adapta a todo maravillosamente bien», explicaba en una de las entrevistas posteriores a la publicación.

Maura fue responsable de Cultura de Podemos en la etapa de mayor gloria del partido –un lustro antes de volverse irrelevantes–, además de ser uno de sus mejores analistas. «Esa imagen de Felipe es mucho más atractiva que la de una persona que maneja las negociaciones de la Constitución y comparece en televisión para decir que no apoya el golpe de Estado. Cuando el príncipe lleva la bandera, todo el mundo quería estar en ese estadio y todo el mundo deseaba que a España le fuese bien en las olimpiadas, fueras de izquierda, derecha o centro», recuerda. Desde 1992, en el campo político de la izquierda, «se han generado imágenes poderosas», pero ninguna con el voltaje social de la del príncipe. «Piensa en el “no nos falles” a Zapatero en el balcón de Ferraz en 2004. También está el grito de “No nos representan” del 15-M. Quizá algunos momentos de las alcaldesas del cambio, pero eso pertenece a la política pausada. La imagen de Felipe es profundamente institucional y a la vez capaz de difuminarse hasta parecer neutral, sin dejar de ser productora de bienestar», añade. En su ensayo *Un tal González* (Alfaguara, 2022), Sergio del Molino describe algo similar: el gran líder del PSOE siempre ha triunfado a partir de su telegenia, ya sea el año pasado con una entrevista en *El Hormiguero* o en los años ochenta con el carisma sexual que desplegaba en sus mítines, a los que la juventud acudía como a un concierto rock.

Ese momento como abanderado olímpico ofrece un fuerte contraste con el PSOE actual, cuyo ministro de Cultura vive en las antípodas del consenso del Quinto Centenario, proponiendo una «descolonización cultural» que solo ha

INFORME XXVII

sembrado discordia política (igual que el relato que lo inspira, la Leyenda Negra). Urtasun, que no es miembro el PSOE, pero sí pertenece al gobierno de coalición de Pedro Sánchez, es un político alérgico a la tradición de tolerancia de la transición: antitaurino, feminista y militante *woke*, representa a una izquierda activista a la que no le interesa tender puentes políticos, sino exhibir integridad moral.

En realidad, sea en su versión consensual o activista, el PSOE triunfa siempre con un discurso previsible y autorreferencial, que tan bien definió el filósofo Félix de Azúa: «Pienso que muchas propuestas aparentemente éticas, en particular aquellas que proceden de las instituciones, son en realidad apuestas estéticas, en el sentido de que no implican ningún compromiso moral sino simplemente un cierto acuerdo de imagen espectacular y narcisista. Lo que está presentando quien hace la propuesta es, por así decirlo, su propia alma, no un programa político, ni un sistema de recursos, ni una forma de solventar de un modo práctico los problemas. Simplemente está diciendo “yo soy muy bueno” y, además, en el sentido de “yo soy muy guapo”», señala.

2. De desmovilizar el comunismo a rendirse al *wokismo*

El historiador Juan Andrade, autor de *El PCE y el PSOE en (la) transición* (2015, Siglo XXI), ofrece claves útiles del contexto social de los años setenta españoles. «En la transición se experimentó una cierta virtualización de la política, por la cual ésta se desplazó en cierta forma del conflicto social al debate mediático, y eso fue tremendamente perjudicial para un partido como el PCE, que había enraizado su influencia en la conflictividad social y que no contó en la transición con la afinidad de ninguno de los grandes medios de comunicación. La actitud ante el PCE se movió entre el virulento anticomunismo de diarios como *ABC* y la hostilidad más refinada de *El País*. Para el primero el PCE seguía siendo un peligro para la convivencia y un partido tutelado por la Unión Soviética: el viejo lobo totalitario disfrazado ahora de cordero eurocomunista. Para el segundo, el partido era un residuo del pasado que no respondía a las modernas tendencias de las sociedades europeas y cuyos tics autoritarios en su funcionamiento interno le invalidaban como portador de un proyecto de democratización de la sociedad», resume.

Por encima de la batalla en los medios, el gran triunfo sociocultural del PSOE consiste en convencer a los españoles de que votar PCE equivale a quedar estancado en lógica cainita de rojos-contra-azules. «De igual modo, ambos periódicos se esforzaron por vincular al PCE con el trágico recuerdo de la Guerra Civil, subrayando el hecho de que seguía dirigido por muchos de los líderes de entonces, en un ejemplo de que las alusiones a los incómodos pasados también se dieron a veces en la transición, sobre todo para referirse al partido que precisamente más había luchado contra la dictadura», reprocha Andrade.

Podemos ilustrar aquel momento histórico con una anécdota cultural, protagonizada por Teddy Bautista, presidente de la SGAE (Sociedad General de Autores y Editores), que durante la transición fue militante del PCE. Para acercar la estética del partido a los jóvenes, grabó la primera versión electrónica de «La internacional» e incluso llegó a venderla por las calles del centro de Madrid. Todo era parte de un proyecto llamado *Disco rojo*, realizado por iniciativa de Víctor Manuel. «En aquella época, yo formaba parte del frente de arte y cultura del Partido Comunista de España. En *Disco rojo* usábamos como músicos de sesión a todos los rockeros españoles, gente de Coz y Barón Rojo. He tocado en muchos conciertos sindicales de la cuenca minera para CNT, UGT y Comisiones Obreras; la Guardia Civil nunca faltaba a nuestras actuaciones. Presentamos ese álbum en Torrelodones y apareció Santiago Carrillo con su peluca. Hoy

cuesta creerlo, pero esa noche vinieron a vernos medio millón de personas. Después de aquel exitazo, se instituyó la famosa fiesta del PCE en la Casa de Campo. Ese disco se hizo para poder sostener los gastos de la dirección en el exterior. Ofrecí mi versión de “La internacional” al PCE, pero Carrillo la rechazó diciendo que era una mariconada. Al PSOE, en cambio, le encantó y la pinchaban en todos sus mítines de la época», recuerda.

Los cuadros del PSOE tenían un olfato cultural muy superior a los del PCE, además de la determinación de adoptar o descartar cualquier expresión artística en el momento en que les fuera más útil. Las complicidades con el comunismo y el rock de barrio se abandonaron *ipso facto* cuando irrumpió la potencia pop de la movida, con su alegre promoción de la promiscuidad, las drogas como paraíso y la recién llegada sociedad de consumo (válganos la redundancia). El PCE siguió celebrando su exitosa fiesta anual en la Casa de Campo, mientras la movida dominaba cada fin de semana el resto de la ciudad, así como el grueso de los medios de comunicación y las fiestas patronales de los ochenta en todos los municipios gobernados por el PSOE, dejando bien claro quien había vencido en la batalla cultural de la izquierda.

El arrase del PSOE fue completo, aunque no se hiciera de forma totalmente limpia. Bajo la apariencia de una «explosión de libertad», funcionaron implacables mecanismos de censura. El programa infantil *La bola de cristal* fue retirado de la parrilla por su retórica marxista y sus burlas a Felipe González, Ronald Reagan y Margaret Thatcher. El cantautor Javier Krahe fue castigado al destierro mediático y la restricción de contrataciones públicas por componer una copilla («Cuervo ingenuo») contra el cambio de criterio de Felipe González respecto al ingreso de España en la OTAN. Más importante aún: el popular debate *La Clave* pagó el atrevimiento de grabar un capítulo que no comulgaba con la tesis del gobierno respecto a la Alianza Atlántica.

No fueron episodio aislados: el popular locutor Pepe Domingo Castaño denunció con pruebas que desde el partido se mandaban cartas a los ayuntamientos indicando a quién debían contratar y a quién no para las galas estivales (y qué mejor confirmación que el hecho de que Luis Eduardo Aute se plantase en su despacho de la cadena SER para pegarle, como recuerda Castaño en sus memorias). Respecto a los medios públicos, el periodista José Luis Moreno Ruiz destaca la complicidad mediática entre antiguas y nuevas élites durante el felipismo. «En Radio Televisión Española había muchos “fachas” y muchos “sociatas” que acabaron llevándose muy bien. Por lo demás, la censura en “la casa” era cosa asumida de toda la vida, a nadie extrañaba la nueva censura

de los felipistas y guerristas después de tantos años de censura franquista. Cuando te quejabas de ello en conversación con algún fijo de la casa, se echaba a reír...», recuerda en *La Movida modernosa: crónica de una imbecilidad política* (La Felguera, 2016).

Poco a poco, la audaz hegemonía cultural socialista se va deshaciendo como un azucarillo. En los noventa, le afecta la pérdida de poder político tras el triunfo electoral de Aznar. El sector sigue siendo progresista, pero surgen francotiradores dispuestos a plantar cara como Antonio Escohotado, Fernando Sánchez-Dragó, Luis Racionero y Gabriel Albiac, posicionados en el liberalismo, pero con un fuerte carisma contracultural. La juventud española va perdiendo, poco a poco, cualquier interés en la izquierda para entregarse al nihilismo consumista anglófilo, por ejemplo, en la pujanza de la cultura *hipster*, especialmente en Madrid y Barcelona. También triunfa el hedonismo militante de la ruta del bakalao, que el PSOE podría haberse apropiado con las mismas herramientas usadas con la movida, pero deciden perseguirlo con si fuese un problema de orden público. El secretario de Estado Rafael Vera se encarga de desarticular esta explosión juvenil totalmente ajena a sus códigos culturales.

Tras década y media de parálisis, el progresismo comienza a despertar un poco gracias al 15-M, un movimiento organizado en gran medida contra el PSOE, pero no muy alejado de su discurso social (el grueso de los manifestantes son clases medias venidas a menos, reclamado las promesas incumplidas del felipismo). El grupo Prisa, por ejemplo, intenta resintonizarse con los tiempos premiando con un Ondas y haciendo hueco en la parrilla de la Ser a Javier Gallego, director del *podcast* antisistema *Carne Cruda*, pero los discursos terminan chocando y separan sus caminos.

Prisa termina rendida al *wokismo* que viene de Estados Unidos a través de suplementos *fashion* como *SModa*, diversos columnistas pijos que comulgan con la tendencia y portales de batalla cultural como el *Huffington Post*. La factura es una desconexión considerable con los gustos populares, que lleva al PSOE a ignorar o rechazar el reguetón, debatir en sus medios si C. Tangana debe de ser cancelado por machista y sumarse al linchamiento de la estrella Chanel por antifeminista, del que se recula tras su triunfo en Eurovisión.

3. La potencia pop de Alaska: ¿es posible ser símbolo de la Movida con el PSOE y de la libertad cultural con Ayuso?

Si hay un personaje que representa mejor que nadie el espíritu del Madrid contemporáneo es Olvido Gara, más conocida como Alaska. Desde los años ochenta hasta la actualidad, lleva casi medio siglo encarnando las mutaciones culturales de la capital, desde la música comercial y la moda hasta el apoyo de jóvenes talentos. En gran parte, es el icono que ha permitido a la derecha liberal comprender que los valores que el PSOE explotó tan bien durante la movida no son en realidad su enemigo cultural. Por eso, tras un periodo en que los populares rechazaban frontalmente la movida, con Álvarez del Manzano y el concejal Ángel Matanzo, se pasó a abrazar aquella efervescencia de los ochenta con los actos de homenaje de Esperanza Aguirre en 2005 y con la promesa de Ayuso de traer a Madrid una segunda movida, tal y como anunció en 2021.

La movida nunca fue antagonista de la derecha, como explica el historiador José María Marco en el catálogo de la exposición homónima que patrocinó la Comunidad de Madrid en la sala Alcalá 31. «Lo que hacíamos era única y exclusivamente divertirnos. Habrá quien quiera darle a este afán de diversión un cierto significado simbólico, el de una sociedad que despierta y se moderniza después de la larga siesta del franquismo. Yo no tuve en ningún momento esa sensación ni ese proyecto», explica. Marco señala también que aquello parte de un rechazo visceral a la estética progresista: «Nos resultaban repelentes las trenzas, las barbas, los pantalones de pana, los jerséis de cuello vuelto... toda la estética *progre*, en una palabra. No aspiro a representar a nadie. Digo lo que algunos amigos míos y yo mismo sentíamos y aquello de lo que nos reíamos. Mucho, por cierto», recuerda. «Además de reírnos de los *progres* y sus variadas expresiones musicales –cantautores, folclorismos varios o canción comprometida–, también nos divertíamos a costa de la generación *hippie*, la misma que en los años setenta escuchaba a Pink Floyd, a Jethro Tull, a Janis Joplin o los pelmazos de Tangerine Dream», remata. En cierto sentido, la movida representaba un espacio de relajación frente a diferentes solemnidades, dominantes en el periodo histórico anterior.

En realidad, Alaska es un catalizador social, que destaca por su potente olfato pop. Fue de las primeras en comprender que la figura de Andy Warhol era un verdadero heraldo de la sociedad por venir, con sus luces y sus sombras, tal y como explicó en una intervención en Caixaforum 2018, con motivo de una exposición retrospectiva del artista. «Warhol se adelantó a su tiempo, sobre

todo la forma en que trató los medios de comunicación. Al crear la Warhol TV, se convierte en el primer *youtuber*, con su adicción a las *polaroids* fue el primer *instagramer* y con sus *Diarios* es el primer «blogger». Entonces, si viviera hoy, Warhol sería un *influencer*, que básicamente es lo que representa su figura. Warhol se inventa en el siglo XX conceptos que triunfarían en el XXI, como la fama, el valor de la copia frente al original y también el concepto de superestrella, que lo mismo valía para un chapero como Joe Dallesandro que para una actriz como Liza Minelli. Básicamente, eso es en lo que ha derivado el concepto de *celebrities* hoy en día. Si viviese todavía, Warhol estaría haciendo un *reality show* y llevaría todo el día una cámara al hombro para contar cada cosa que estuviera haciendo», compartía.

Tras este análisis, se comprende de manera mucho más sencilla que los valores de la movida encajan perfectamente en el actual Madrid de Ayuso y las motivaciones de la presidenta de la CAM para coger hace tres años esa bandera y hablar de una segunda movida. ¿Por qué el PSOE pudo capitalizar con tanta facilidad la efervescencia juvenil de 1982 pero carece de esa capacidad para hacerse con la de 2022? Seguramente porque hoy sabemos que casi ninguna de las promesas formuladas en los ochenta han sido cumplidas. El discurso de la Movida le funciona mejor a Ayuso de lo que le funcionó a Carmena, que no pudo consolidarse con su imitación del modelo Tierno Galván, y eso nos hace pensar que el progresismo no sabe ya sacar partido ni a sus relatos más exitosos.

Diego Garrocho, actual responsable de la Sección de Opinión del diario ABC, aporta otro análisis: «La nostalgia nos invade como respuesta a un discurso rupturista que ha terminado por demostrarse falso. Durante décadas todo debía ser disruptivo, revolucionario, rompedor, innovador... Y la realidad resultante de ese afán dinamitero y deconstructivo no nos ha hecho más felices. Idealizar el pasado es una constante humana, no es sólo un rasgo de época y creo que actualmente la recuperación de la nostalgia viene dada no tanto por la idealización del pasado como por el pánico que nos genera el futuro. En el caso de Madrid hay, incluso, una recuperación icónica de cierto folklorismo que enlaza lo moderno con lo antiguo. Cuando yo era niño era casi testimonial lo de vestirse de chulapo y ahora todo el mundo disfraza a sus críos, recuperan el clavel... Esa nostalgia constituye en sí misma una “folk-modernidad”, que también tiene una traducción política», destaca. El deseo de cierta derecha de recuperar la movida no es necesariamente un triunfo del progresismo, sino un reproche a la capacidad del PSOE de estar a la altura de su momento cultural más potente.

4. De la pasividad de Alianza Popular a la complicidad del Partido Popular

Un factor crucial para el auge del PSOE es que la derecha española ha vivido inhibida durante décadas ante el poderío del modelo cultural del PSOE. Se registró algún amago temprano de resistencia, como la denuncia en 1983 de la emisión del himno punk «Me gusta ser una zorra» (Las Vulpes) en horario infantil en Televisión Española, que fulminó el programa juvenil *Caja de ritmos*. A partir de ahí, la derecha se instala en la pasividad durante los años ochenta y la abierta complicidad a partir de los años noventa y dosmiles, con figuras tan elocuentes de esta inercia como Alberto Ruiz Gallardón, Andrea Levy y José María Lasalle, tres ejemplos palmarios de rendición a las políticas culturales progresistas para «hacerse perdonar» la adscripción a un partido de derechas.

Los datos son muy claros, como se explica en un reciente informe interno de la Fundación Disenso, dirigido por José María Marco, donde se explica que siempre que el Partido Popular ha llegado al poder ha tenido una actitud desdénosa hacia la cultura. «Entre 1996 y 2004, durante los gobiernos de José María Aznar, el Ministerio de Cultura se fusionó con el de Educación, bajo la denominación de Ministerio de Educación y Cultura (1996-2000) y Educación, Cultura y Deporte (2000-2004). Se mantuvo, eso sí, una Secretaría de Estado de Cultura que continuó las grandes líneas políticas del anterior Ministerio de Cultura. En 2004 se volvió a crear un Ministerio de Cultura diferenciado de Educación, que en julio de 2011 incorporó las competencias en materia de tauromaquia», lamenta.

Tampoco hay sorpresas más adelante: «En 2011, con la X Legislatura y de nuevo con el Partido Popular en el poder, el Ministerio de Cultura vuelve a desaparecer con esta denominación y sus competencias son recogidas por el nuevo Ministerio de Educación, Cultura y Deporte: sus competencias pasan a depender de una Secretaría de Estado de Cultura, que vuelve a establecer, sin el nombre, la continuidad con las políticas culturales socialistas. Tras la formación del nuevo gobierno de Pedro Sánchez en junio de 2018, el Ministerio volvió a desgajarse de Educación, bajo la denominación de Ministerio de Cultura y Deporte», lamenta el texto.

Este proceso, en realidad, es matemático: «Cuando el Partido Popular llega al Gobierno en nuestro país, su comportamiento ha sido siempre el mismo: suprimir el Ministerio de Cultura –es decir, fundirlo con otro, en general el de Educación–, y reducir su presupuesto. En cuanto vuelve la izquierda, el Ministerio

de Cultura recupera su autonomía y el presupuesto se incrementa de nuevo. Se ha fijado por tanto una forma de actuar característica, que conduce a la derecha a replicar –o más exactamente, a aplicar sin criterio propio, y muchas veces con entusiasmo no fingido– las políticas culturales de la izquierda. Y al mismo tiempo que acepta ser instrumento de su adversario ideológico y político, presenta como única alternativa una reducción del gasto que lleva –no sin razón– a entender que la derecha no da importancia al hecho cultural», concluye el informe.

También es interesante una reciente aportación del filósofo Miguel Ángel Quintana Paz, que en una entrevista de prensa nos recuerda un pacto político discreto, vigente en nuestro país desde los años ochenta. «Se decidió entonces que la cultura era para la izquierda y la gestión económica para la derecha. El reparto se hizo en connivencia de la derecha, me refiero obviamente al PP. El historiador y político Guillermo Cortázar se lo comentó una vez al exministro Jesús Posadas: “Oye, ¿no deberíamos dar un poco la batalla cultural?” La respuesta fue que no, que su negociado era la gestión. A mí me parece absurdo porque esa dinámica lleva a que la derecha se pase la vida arreglando en cada legislatura todos los desperfectos económicos que dejan los mandatos progresistas», señala. «El reparto tampoco es bueno para la izquierda porque la convierte en algo meramente cultural, cada vez más ajena a los conflictos de la economía. Entran en una dinámica que ya criticaba Adorno: concebir la cultura como un spa donde relajarnos del estrés y de los tráfigos del capitalismo».

Por resumirlo en una frase contundente, podemos recordar la que usa Ignacio Peyró en sus memorias periodísticas, *Ya sentarás cabeza* (2021, Libros de Asteroide), cuando escribe que para la derecha parece que la cultura es «eso que interesa a las mujeres de los ricos». Este concepto se amplía en el citado informe de Disenso: «La cultura resulta ser un objeto ornamental, prescindible, por tanto, aunque respetable en la medida en que refleje los parámetros y la ideología de izquierdas. Frente al esfuerzo –encomiable y en muchos sentidos ejemplar– realizado por el socialismo, nunca el centroderecha ha intentado siquiera elaborar una propuesta cultural propia, que refleje una idea de su propio país y de la identidad de este. No existen fundaciones parecidas a las que en la izquierda se ocupan de documentar y poner a disposición de los historiadores su propia historia, ni una reflexión sostenida, capaz de aglutinar ideas y personal competente y especializado, como sí existe en la izquierda», comparten.

Disenso también publicó en 2023 el informe «“¡Menos ideas y más moderación!”, de cómo buena parte de la no izquierda dejó de pensar y acabó por cifrar su gran

propuesta político-ideológica en “moderarse”». El texto analiza la incomodidad de nuestro campo antiprogresista con los valores fuertes y la querencia a posiciones intelectuales templadas. Entre otras muchas reflexiones estimulantes, destaca la del abogado Urko Heller, que señala que «mientras la izquierda es capaz de crecerse cuando está en la oposición, tirando de manifestaciones y movimientos sociales, nuestra derecha “hunde sus raíces en la incapacidad de movilización” cuando carece de un “asidero en el poder”». Algo que quizá ha empezado a cambiar con las recientes manifestaciones masivas contra la amnistía y con las protestas diarias en la sede de Ferraz para denunciar las manipulaciones y los distintos casos de corrupción de altos cargos del PSOE.

5. De los sindicatos a los abanicos

Hay un artículo de Rafael Sánchez Ferlosio que seguramente sea el más citado para comprender la relación del PSOE con la cultura en los triunfales años ochenta. Se publicó en *El País* el 22 de noviembre de 1984 y se titula «La cultura, ese invento del gobierno». Merece una cita más extensa de lo habitual: «El Gobierno socialista, tal vez por una obsesión mecánica y cegata de diferenciarse lo más posible de los nazis, parece haber adoptado la política cultural que, en la rudeza de su ineptitud, se le antoja la más opuesta a la definida por la célebre frase de Goebbels. En efecto, si este dijo aquello de “Cada vez que oigo la palabra *cultura* amartillo la pistola”, los socialistas actúan como si dijeran: “En cuanto oigo la palabra *cultura* extendiendo un cheque en blanco al portador”. Humanamente huelga decir que es preferible la actitud del Gobierno socialista, pero culturalmente no sé qué es peor», escribe.

Ferlosio utiliza la invitación que le hacen a un *sarao* cultural para denunciar cómo el socialismo ochentero es experto en producir una cultura vacía, domesticada y narcisista. «Querido amigo: Te escribo para invitarte a participar con un texto tuyo, [*sic* por la coma] en un catálogo de una exposición que deseamos sea un tanto distinta. Se trata de una muestra de pintores actuales, que en lugar de pintar lienzos lo harán sobre abanicos. Sin embargo, no es una exposición de “abanicos” [*sic* por las comillas], sino que el soporte no será un lienzo. Por tanto, los abanicos son de gran tamaño, y los pintores tienen libertad absoluta para pintarlos, romperlos, jugar y lo que se les ocurra. Estos soportes los hemos conseguido de China, Japón, y algunos más pequeños, Valencia. Para el catálogo, nos gustaría que nos mandaras si aceptas, [he renunciado ya antes a seguir poniendo *sic*] un texto de dos-tres folios, que se ha acordado retribuir con 50.000 pesetas. Hemos invitado a los principales prosistas y poetas, cuya aportación creemos que podría ser muy interesante, y entre los que encontrarás a muchos amigos. Nos gustaría tener el texto a principios del mes de febrero. Siguiendo nuestra costumbre, queremos subrayar especialmente el acto inaugural, y esperamos que la presentación de la muestra, a principios de mayo, tenga un aire festivo y refrescante. Un abrazo, NN».

La anécdota que escoge Ferlosio puede parecer frívola, pero ilustra el nivel de reblandecimiento cultural al que había llegado un gobierno que no hace tantos años tenía un discurso marxista, muchos cuadros curtidos en luchas de barrio y una banda sonora compuesta por el flamenco jondo y los cantautores comprometidos. El vacío cultural es, al mismo tiempo, la debilidad y la fortaleza del modelo de aquel PSOE. En muy poco tiempo, y sin pararse a dar

explicaciones, se pasó de la lucha sindical a los abanicos de Locomía. La mutación resulta muy atractiva para amplios sectores de la población, pero también produce un divorcio con sus bases de clase trabajadora, que desemboca en la gran huelga general del 14 de diciembre de 1988, convocada entre otros por la UGT, organización hermanada con el PSOE. «González nunca fue un traidor a sus ideas, a sus convicciones o ideología. En primer lugar, porque siempre se caracterizó por carecer de una ideología precisa. Toda su vida Felipe ha sido un gran pragmático en el terreno político y ético. Y, en segundo lugar, ya que en realidad nunca traicionó a sus votantes si se pega un repaso a los programas electorales y las políticas que llevó a cabo», explica Sergio Gálvez Biesca, autor del ensayo *La gran huelga general. El sindicalismo contra la «modernización socialista»* (Siglo XXI, 2018).

El filósofo Fernando Broncano explica que el PSOE de la transición fue una máquina de destruir vínculos sociales y vampirizarlos en beneficio del partido. «En los años setenta, en muchos barrios populares españoles, el PSOE orquestó una destrucción meditada de las asociaciones vecinales, convirtiendo en concejales a cuadros de su partido. Además, lo hicieron de forma alegre y espontánea. Los corrompidos, en muchos casos, no se dieron cuenta de que lo que estaban vendiendo eran nuestras relaciones sociales. Además, fue un proceso muy rápido: bastaron diez años para destruir la trama cultural más potente que habíamos sido capaces de tejer desde la red anarquista de los años treinta. Llevamos décadas llamando “modernización” a los procesos de expropiación cultural y destrucción del lazo social», denuncia.

De manera paralela, el mercado fue desarticulando la vida cotidiana de los viejos barrios. «Están desapareciendo aquellos lugares donde la gente contaba su vida a los demás. La señora que se acercaba a la mercería no iba solo a comprar unas medias, sino a pasarse media hora hablando con la dependienta, que a su vez se lo contaba a otros, creando lo que (el historiador marxista) Raymond Williams llamaba “estructura de sentimiento”. Esa forma de vivir terminaba cuajando un “nosotros” distinto a “ellos”, donde “ellos” son las clases dominantes. Ahora no está claro que exista otra cultura distinta a lo que se impone desde arriba», recuerda Broncano.

El brazo cultural del PSOE apostó claramente por el formato del «macroevento cultural» en vez de tejer redes sólidas de relación interpersonal. Un ejemplo frecuente fue el menosprecio a las fiestas patronales de barrio, sustituidas siempre que fuera posible por macroconciertos en pabellones en el centro de las ciudades. El PSOE es recordado por sus espectaculares actos culturales

masivos, especialmente los de 1992, pero nunca se preocupó de construir desde abajo hacia arriba, algo que le hubiera convenido si atendemos a los contraejemplos de espacios políticos tan cohesionados como el independentismo catalán y vasco. En gran parte, ambos mantuvieron su fuerza social por atender a ese tipo de institucionalidad, unos con Ómium Cultural y Sociedad Civil Catalana, otros gracias a su sistema de *batzokis* y *herriko-tabernas*, que fomentan las relaciones personales en los momentos políticos más difíciles. La cultura del PSOE, incluso la de los años triunfales, nunca se pareció a un bar sino a una zona VIP, como muestra el sarao de los abanicos que denuncia Ferlosio.

Hay que mencionar que uno de los aciertos de la izquierda quincenera fue haberse dado cuenta de que esta articulación física de los espacios de la relación era imprescindible, como confirma el intento de Podemos de crear una red de moradas (casas culturales) que crearan relaciones entre la militancia. No tuvieron –ni de lejos– la capacidad operativa para levantarla, mucho menos para mantenerla, pero sabían que era algo crucial. En los últimos años, han tenido protagonismo una serie de productos culturales que reivindican desde la izquierda los antiguos lazos fuertes, desde la familia a la sindicación, entre ellos el ensayo *Ike. Retales de una reconversión* (2004, Ladinamo libros), el documental *El año del descubrimiento* (2020), de Luis López Carrasco, sobre las protestas contra la reconversión industrial en Murcia, o las memorias obreras *Barrio Venecia* (2023, Lengua de Trapo), del filósofo Alberto Santamaría, entre otros. También hay un planteamiento similar en el fenómeno editorial *Feria* (Círculo de Tiza, 2020), de la periodista Ana Iris Simón. Por la recepción en los medios afines al PSOE, el partido sigue siendo alérgico a este tipo de estrategias vitales.

6. La «cultura libre» contra la SGAE

El sistema cultural del PSOE se articula por medio de una serie de mandarinatos, figuras emblemáticas que acompañan y sirven de referencia al partido para sus políticas. Entre las principales destacan Juan Cruz (literatura y prensa cultural), Juana de Aizpuru/Borja-Villel (arte contemporáneo), Pilar Miró (audio-visual), Javier Pradera/Fernando Savater (Filosofía) y Alberto Anaut (fotografía), entre otras. El caso el cine es más complejo y tiene que ver con el sistema de subvenciones, ya en decadencia y continua polémica porque ya que no satisface a nadie. En el campo de la música, el nombre de referencia siempre fue Eduardo «Teddy» Bautista, brillante productor, compositor y músico que estuvo a cargo de la etapa de mayor esplendor de la SGAE (Sociedad General de Autores y Editores).

La articulación que logró en el sector musical solo entró en decadencia cuando la izquierda española se rinde al concepto de «cultura libre» o «cultura gratis», defendido por periodistas como Ignacio Escolar y por el grupo mediático de Jaume Roures. No es que derribaran el modelo imperante con una estrategia propia, simplemente apoyaron las disfunciones de la revolución tecnológica que destruyó nuestras redes culturales (librerías, cines, discográficas, quioscos...) para concentrar todo el poder en manos del oligopolio de Silicon Valley. «Recuerdo la respuesta que solía dar al periodista Ignacio Escolar, cuando él estaba a sueldo de Jaume Roures, que no es precisamente un obrero. Le decía “Coño, Ignacio, la idea está muy bien, yo también me apunto a la cultura gratis cuando dejen de cobrar a los músicos por la educación, la vivienda, la sanidad y la comida”. Si a cada compositor le pagamos suficiente para que críe a sus hijos, podemos empezar a plantear que la cultura circule gratis», explicaba Bautista.

La hostilidad hacia la SGAE llegó a tener un voltaje social intimidante, recordemos el asalto de la Guardia Civil a la sede de la entidad por una acusación de malversación de fondos en 2011 (Bautista fue absuelto de todos los cargos) y el lanzamiento de piedras a Ramoncín (directivo de la entidad) en el festival punk Viña Rock de 2015. Las plataformas en contra del cobro del canon digital también fueron uno de los principales organizadores de las acampadas del 15-M. «También recuerdo que en 2006 nos invadieron Anonymous y se metieron en mi despacho. Llamamos a delegación del Gobierno y nos dijeron que no iban a intervenir porque no los consideraban gente seria. Esa invasión fue acompañada por Jordi Évole, grabando para un programa de televisión. No me parece normal que se permitan cosas así», explica Bautista.

La influencia política que llegó a acumular la SGAE queda clara en 2008 con el famoso vídeo de los llamados «artistas de la ceja», que apoyaron la reelección de José Luis Rodríguez Zapatero con un vídeo titulado «Defender la alegría», basado en un poema de Mario Benedetti. La campaña, según era notorio en medios políticos, culturales y periodísticos, se hacía con la contrapartida implícita de que el líder socialista mantuviese el canon por copia privada si llegaba a la Moncloa (un trato como tantos entre PSOE y la élite de los artistas progresistas). El objetivo se cumplió, a pesar de que luego Silicon Valley fue poco a poco ganando la batalla –con la izquierda del PSOE dando palmas– y hoy la SGAE no conserva ni de lejos el poder de influencia de hace treinta años. La hegemonía actual es de grandes plataformas como Spotify, que pagan una miseria a los autores españoles mientras firman contratos de 280 millones para patrocinar al FC Barcelona.

¿Cómo se procesa este triunfo sin paliativos de las grandes tecnológicas? «Conviene hacer un cálculo de cuánto han ganado estas corporaciones desde que desmontaron el modelo proactivo y asertivo de la SGAE. En el primer consejo de ministros del PP se cargan el canon por copia privada, con lo que se ahorran 120 millones de euros al año. La presión para que bajaran las tarifas hizo que se redujeran hasta casi un 25%. En los ocho años –ya trece– que han pasado desde la entrada policial en la SGAE (se produjo en verano de 2011) se pueden haber ahorrado fácilmente más de mil millones de euros. Lo que buscaban era cargarse a la SGAE. Si al mismo tiempo se quitaban de en medio a la directiva, pues mejor que mejor. Se debería escribir un ensayo calculando con rigor cuánto ganaron estas empresas desde que logran desactivar la defensa de los autores», apunta Teddy.

Una vez pasada la batalla, cabe hacer una reflexión en clave nacional. Muchos españoles se opusieron a la SGAE por sus convicciones liberales, otros porque la consideraban un aliado tradicional del PSOE o porque consideraban inaceptable que funcionase como un sindicato vertical o que una sociedad privada cobrase una tasa a los consumidores. Todos son argumentos razonables, pero... ¿podemos considerar que el resultado fue un triunfo de la derecha o una derrota de las estructuras culturales de España? La SGAE defendió a nuestros autores, estabilizó el cobro de derechos por su trabajo y protegió el ecosistema de la música popular en español. Quizá antes de contribuir a tumbar algo merece la pena preguntarse si tenemos algo mejor que lo sustituya y quién se beneficia más de la debacle.

7. Del Oscar de Almodóvar al antiprogresismo de «Alcarrás»

Pedro Almodóvar no es solo uno de los mejores directores de la historia del cine español, sino también uno de los que mejor conoce a nuestro país. Por un capricho del destino, su momento de consagración global llegó en pleno aznarat aunque su prestigio se hubiese cocido al calor del socialismo durante dos décadas de ascenso. La recogida de un Oscar por su clásico *Todo sobre mi madre* (1999) unió a gran parte del país en una euforia colectiva simbolizada por Penélope Cruz gritando el nombre de pila del manchego al abrir el sobre que le declaraba ganador. Fue un momento de comunión cultural en España y un recordatorio al Partido Popular de que no había construido ningún paradigma audiovisual propio.

El triunfo de Almodóvar radica, en gran parte, en orillar la España que somos en favor de la que queremos ser. Se entiende mejor con esta frase suya sobre la ciudad protagonista de gran parte de sus películas: «Mi madre me transmitió la imagen de un Madrid legendario y yo me lo imaginaba como en una de esas ilustraciones de las enciclopedias que tanto me gustaban. Creí que vivir en Madrid era como vivir en uno de los decorados de Sissí emperatriz», recuerda. Gloria Camarero Gómez, profesora de Historia del Cine y de Historia del Arte de la Universidad Carlos III de Madrid, añade otra observación iluminadora: «El Madrid de los Austrias y La Latina es el que más parece interesar a Pedro Almodóvar, el que alcanza mayor protagonismo en sus realizaciones. Los convierte en el hábitat habitual de la progresía intelectual acomodada donde viven muchos de sus protagonistas, que son escritores, artistas o cineastas consagrados, sin problemas económicos, y ello no hace sino testimoniar una realidad, porque es cierto que estos grupos sociales han venido estableciendo su residencia en dichos barrios desde los años ochenta del siglo anterior», escribe.

Sin negar un ápice de su talento cinematográfico, Almodóvar describe muchas veces una especie de paraíso «progre» que una inmensa base de cinéfilos encuentra deseable, sofisticado y relajante. Este proceso de domesticación política del cine español se explica muy bien en dos columnas publicadas en la web *CTXT*, firmadas por Luis E. Carrasco y Luis Parés, bajo el título de *Confort y conflicto*. La tesis que defienden estos dos cineastas de izquierda es que el cine español se volvió acomodaticio tras la Ley Miró –en realidad, un decreto de 1983– y que nunca nos hemos recuperado del todo. Un fragmento muy explícito: «La mayor pérdida que sufrió el cine de esa década fue la de dejar

de relacionarse críticamente con la sociedad a la que pertenecía, cosa que no había pasado ni durante el franquismo –piénsese en el cine de los cincuenta, con películas como *Surcos*, *Esa pareja feliz* o *El inquilino*–. El cine español de los ochenta pasó a ser un cine acrítico, más centrado en un esteticismo consensuado (las prácticas de vanguardia fueron desterradas) o en la accesibilidad de las narrativas antes que en contar su propio tiempo o el pasado reciente», lamentan los autores.

Como explica el artículo, la «calidad» fue el concepto clave que Pilar Miró y otros burócratas audiovisuales utilizaron para debilitar el espíritu antagónico de un sector significativo del cine español (otros ya venían domeñados de casa). Se buscan las grandes producciones, más pendientes del aspecto estético que del contenido, tan caras que deben suavizar cualquier arista para no ofender la sensibilidad del gran público, de quien depende la recuperación de la inversión. El caso es que las nuevas directrices funcionaron y los ochenta fueron los años del humor urbano *light*. «A medida que avance la década [las películas] se acabarán convirtiendo en meras comedias de enredo en las que se otorgará un protagonismo avasallador a profesionales liberales con estudios superiores y poder adquisitivo, antiguos *progres* reconvertidos en una clase acaudalada, entregados a inofensivos adulterios y simpáticas neurosis», constatan.

El triunfo de la fórmula de estas comedias *progres* es de largo recorrido, pero tampoco resulta eterno. Poco a poco van surgiendo cintas que reflejan la España real, no necesariamente con registro de denuncia social, sino desde campos como el humor desafiante de la saga *Torrente* y otras cintas de Santiago Segura o desde la sensibilidad artística de cineastas de gran talento plástico y narrativo como Carla Simón, que gana un Oso de Oro en el festival de cine de Berlín con su clásico *Alcarrás* (2022). La cinta narra el drama de una familia arraigada en la Lérida rural, que ve amenazado su modo de vida por la expansión de las energías verdes, proyecto emblemático del progresismo actual.

Lo que cierta izquierda cainita no soporta de *Alcarrás* es que el personaje de un abuelo es firme partidario de la reconciliación nacional pendiente. Tampoco llevan bien la idea de que «la tierra es más que polvo» –los vínculos con el campo– ni el hecho de que la llamada Transición Verde en realidad vaya a ser perjudicial para muchísima gente de abajo. La mayoría de cuestionamientos a la película se han hecho desde burbujas urbanas de izquierda, confirmando los procesos de «plebefobia» que sufre gran parte de nuestro progresismo.

8. Esplendor y decadencia del grupo Prisa

No se puede comprender el bajón de poder social del PSOE sin conocer un poco la historia de Prisa, el grupo empresarial más cercano al partido desde hace más de cuatro décadas. En sus años de gloria, Prisa era el nombre dominante en España y en zonas sustanciales de Hispanoamérica. Su red de medios llegó a tejer un ecosistema donde muchos españoles vivían sumergidos, desde el desayuno con *El País* hasta la jornada laboral escuchando la SER para llegar luego a casa para cenar y sentarse en el sofá para ver cine, toros o fútbol de pago en Canal+. Un escritor podía ganarse muy bien la vida firmando columnas, acudiendo a tertulias de radio y publicando libros sin salir de los confines de esta corporación, que usó siempre a fondo las sinergias entre sus empresas para maximizar sus beneficios.

Hoy Prisa vive una situación muy distinta, sometida por el peso de una deuda cercana a lo impagable, producto de las arriesgadas decisiones financieras de Juan Luis Cebrián, la mediocre adaptación a los cambios tecnológicos y la percepción creciente de que es un emporio al servicio de las élites globales (apenas queda ya capital nacional) en vez de a los intereses de sus lectores y televidentes. Como en un lento goteo, Prisa tuvo que ir deshaciéndose de muchos de sus activos. Podemos citar el fiasco de su distribuidora Gran Vía Musical, la venta del emblemático grupo Alfaguara a Penguin Random House o la disolución de sus intereses televisivos dentro del poderoso emporio italiano Mediaset. Antes los presidentes temían y necesitaban a Prisa, mientras que ahora es el grupo quien necesita un gobierno español afín que lo mantenga a pesar de su delicada situación financiera.

En cierto sentido, el grupo ha sido víctima de su propio éxito y de la atmósfera de triunfalismo que lo domina desde los años ochenta. Poco a poco, se fue convirtiendo en un circuito cerrado autorreferencial: uno de los últimos directores de *El País*, Javier Moreno, llegó al cargo sin haber trabajado nunca fuera de la empresa. Otro factor endogámico fue la creación del máster de periodismo UNAM-*El País*, fundado en 1986, que crea un fuerte sesgo de clase en las contrataciones de Prisa. Dentro del grupo, la defensa de los intereses empresariales se convierte en dogma, hasta el extremo de que en 2004 se despidió al prestigioso crítico literario Ignacio Echevarría por atreverse a firmar una dura reseña de la novela *El hijo del acordeonista* de Bernardo Atxaga, autor emblemático de Alfaguara. Hasta la Defensora del Lector reconoció que había sido un episodio torpe e innecesario.

El colectivo de críticos *La fiera literaria* ya había advertido de que el «todo vale» con los autores de Prisa se estaba pasando de rosca. «Difícil es creer que la

última saga de Javier Marías no haya sido un fiasco como el de las hipotecas basura, por lo menos según lo que dicen los libreros. ¿Se puede vender indefinida e impunemente la moto de Juan Luis Cebrián, Rosa Regás, Rosa Montero, Almudena Grandes, Muñoz Molina o Lucía Extebarría, entre muchos otros, a un lectorado envilecido e intoxicado por la publicidad?» Podemos hacernos una idea del poder infinito que tuvo el grupo por el hecho de que, más de una década después de su mejor momento, lograron imponer que la estación de Atocha cambiase su nombre por el de Almudena Grandes, siendo esta escritora profundamente sectaria en el campo político, odiadora profesional de todo lo que no fuera izquierda y escasamente querida fuera del círculo de sus lectores fieles.

El politólogo Ignacio Sánchez-Cuenca también piensa que esta excesiva protección a los autores «de la casa» no les beneficiaba ni a ellos, como explica en su ensayo *La desfachatez intelectual: escritores e intelectuales ante la política* (Libros de la Catarata, 2016). «Somos muy críticos con el sectarismo de los partidos políticos, con la manera tan brutal en que defienden a los suyos y descalifican a los contrarios, pero en el mundo del debate público pasa algo similar. Se establecen lazos muy fuertes entre periódicos y escuderías literarias del mismo grupo mediático. Les dejan decir lo que sea. Deberían prescindir de los artículos de sus autores si la calidad es mucho menor que las de sus novelas. Una vez entras en el grupo, de ahí no te saca nadie. Se establecen lazos que no son sanos», afirma.

La crítica de Sánchez-Cuenca tiene una credibilidad especial, debido a su condición de colaborador del periódico y lector fiel de la cabecera. «Empecé a leer *El País* con poco más de diez años. Hoy lo sigo porque es el diario de referencia en España. Lo que sucede es que, desde que estalló la crisis, se produjo un divorcio entre el periódico y sus lectores, que ha sido muy dañino para la marca. No han dado la importancia necesaria a los desahucios, ni a la creciente desigualdad, ni a la crisis social en general. Me sorprendió en 2010 la reacción de entusiasmo de *El País* cuando las instituciones europeas obligan a España a imponer el ajuste fiscal. Su discurso fue “por fin se ha acabado el populismo del PSOE”. Estaban hablando de populismo ya en 2010, años antes de que surgiera Podemos. *El País* se puso a celebrarlo, en plan “por fin va a haber políticas de Estado”; pues mira dónde nos han llevado esas políticas. Se ha vuelto un diario autocomplaciente...», explicaba el profesor en una entrevista. La que fuese la cabecera central de la democracia se entregó con entusiasmo a la tecnocracia.

Dicho esto, como ha señalado el propio autor, sería exagerado atribuir la agoría del modelo cultural del PSOE a la decadencia en un grupo empresarial,

por grande y poderoso que este haya podido llegar a ser. Influye de manera mucho más decisiva cierto marco sociopolítico que Sánchez-Cuenca analiza en otros de sus ensayos, el afilado *La izquierda: fin de (un) ciclo* (2019, Libros de la catarata). Allí explica el proceso histórico por el que el poder político es cada vez menor en Occidente, arrinconado por el poder del mundo de los negocios.

También señala evidentes dinámicas geopolíticas: «El capitalismo ha producido unos niveles de riqueza sin precedente en los países desarrollados. Y en otras partes del mundo: en China han sacado a 800 millones de personas de la pobreza en muy poco tiempo, y en India está sucediendo algo similar. Una vez que se alcanzan esos niveles, la gente se vuelve muy conservadora, porque no quiere poner en riesgo el modelo de prosperidad que les ha beneficiado. Podemos decir entonces que hay mucha gente en el sistema capitalista a la que no le va tan bien, pero, aunque no les va tan bien, y porque la ideología neoliberal es tan potente, sí aspiran a que les vaya bien, o si no a ellos, a sus hijos. El propio desarrollo económico genera las condiciones para que eso se sostenga indefinidamente en el tiempo. Las personas que tienen un trabajo estable, que tienen una casa en propiedad, que tienen ahorros en bolsa, y que quizás no son mayoría, pero que pueden ser el 40%, esa gente no quiere sustos, porque un nuevo sistema puede poner en cuestión lo que ellos han alcanzado», constata. Por eso el izquierdismo está en declive electoral y no tiene un horizonte claro de mejora.

9. De «El que no esté *colocao* que se coloque» de Tierno a los museos vacíos en media España

La frase más famosa de la movida es esta que pronunció el alcalde de Madrid, Enrique Tierno Galván, durante un concierto gratuito en el Palacio de los Deportes en 1986: «¡Rockeros, el que no esté “colocao” que se coloque... ¡y al loro!»). Frente a una dictadura en que los líderes políticos adoptaban el papel de padres autoritarios, Galván triunfó apostando por el rol de padre tolerante, protector de la juventud de clase trabajadora y defensor del lado más festivo de la capital. Su jugada resultó ganadora, le acabaron llamando «el alcalde rockero» a pesar de sus escasos o nulos conocimientos sobre esa cultura (en uno de sus discursos, llegó a llamar «John Lennox» a John Lennon de Los Beatles).

Pero ¿qué habría detrás de esa apología del consumo de drogas pronunciada ante un público juvenil? Así lo explica el rockero Santiago Auserón (Radio Futura) en su bitácora digital *La Huella Sonora*: «El deseo de experimentar sensaciones generalizado entre la juventud española supuso un capital de energía aprovechable en diversas direcciones: por individuos sin escrúpulos, por empresas multinacionales, por los medios atentos a la velocidad de los cambios y por los partidos políticos conscientes del alcance del voto juvenil», resume.

En realidad, era una jugada sobre seguro. El periodista José Ramón Pardo recuerda que la llegada de la democracia supuso la rebaja de la edad para votar hasta los dieciocho años, convirtiendo a los jóvenes en un nicho electoral muy codiciado. El PSOE alcanzó antes el poder municipal que el estatal, adquiriendo el control de los presupuestos locales para festejos, que supo utilizar desde bien temprano. Las estrellas pop modernas eran alérgicas al compromiso político tradicional, pero se dejaban querer a la hora de cobrar cheques millonarios por tocar en fiestas patronales. Darles máxima visibilidad en medios y fiestas ayudaba al PSOE a transmitir el mensaje de que eran el partido que estaba con la cultura, la juventud y el hedonismo. El éxito de la apuesta fue convencer a todos de que el PSOE suponía el paso de una España en blanco y negro a otra en color.

Los ochenta suponen la edad de oro del paradigma cultural socialdemócrata, aquellos años en que cualquier inversión pública en cultura disparaba de manera automática la adhesión al partido socialista. Hoy los grandes conciertos gratuitos con cargo al presupuesto municipal han sido sustituidos por macro-festivales de verano, también fuertemente subvencionados, que en realidad

no crean ese efecto de vinculación porque están manejados por empresas privadas, enfocados casi siempre al turismo extranjero y no vinculados a los valores culturales del progresismo.

La apuesta tan fuerte de Madrid en los ochenta por los conciertos gratuitos, algunos tan multitudinarios como el de The Smiths en el Paseo de Camoens, al que se ha llegado a decir que acudió millón de personas, tenía también una fuerte motivación política: la imagen de los chavales bebiendo en las calles desanimaba a los grupos violentos de extrema izquierda y de extrema derecha y proyectaba al exterior una imagen de país festivo, relajado, preparado para el turismo. Hoy los macrofestivales solo transmiten la imagen de un país subalterno, lugar de ocio barato para las élites extranjeras y también nicho de negocio fácil, ya que la mayoría son propiedad de fondos de capital extranjeros. En nuestra época, Pedro Sánchez también trató de monopolizar (sin éxito) el apoyo juvenil, con la aprobación de un bono cultural de 400 euros para quienes tuviesen dieciocho. Esta medida, en realidad, supone el reconocimiento de una derrota: lo que en los años ochenta se conseguía de manera más natural (la adhesión cultural de los jóvenes) hoy resulta mucho más complicado, hasta el punto de que requiere soborno individual institucionalizado.

Si queremos hacernos una idea de la velocidad del deterioro cultural solo hace falta fijarse en la función del arte contemporáneo. La llegada del *Guernica* a España en septiembre de 1981 fue un símbolo de triunfo democrático, así como la inauguración del museo Nacional Reina Sofía en 1988 y del Guggenheim en 1997. Hoy los tres son simples espacios de turistificación, con resultados tan paradójicos como que el mismo perfil de votante izquierdista que celebraba cada apertura de museo hace treinta o cuarenta años hoy está protestando contra la gentrificación en Lavapiés por culpa de estos centros de arte o contra la apertura de una segunda sede del Guggenheim en Bilbao.

El arte contemporáneo ha perdido toda su potencia pública, democratizadora y emancipadora, convirtiéndose en lo que el catedrático Alberto Santamaría llama «alta cultura descafeinada» o lo que el artista Rogelio López-Cuenca considera indistinguibles de la publicidad (como dijo en alguna ocasión, hoy encuentras la Fontana de Trevi teñida de rojo y ya no sabes si es una *performance* situacionista o una campaña promocional de Campari). Donde no se han producido procesos intensivos de turistificación, encontramos museos de arte contemporáneo con cifras bajísimas de asistencia. El giro de Manuel Borja-Villel, penúltimo director del Reina Sofía, hacia los contenidos activistas –llegó a declarar que el 15-M fue la a mejor obra de arte de 2011–, es solo la

confirmación de que los museos necesitan mucho más al activismo de lo que el activismo necesita a los museos, que siguen confiando en un paradigma socialdemócrata que ha perdido por completo su sentido.

Quizá la mejor prueba de la esquizofrenia actual de la cultura progresista española sea la polémica exposición *Vasos comunicantes, 1881-2021*, que supuso la despedida de Borja-Villel de la dirección del Reina Sofía. Entre el material utilizado destacaban gran número de panfletos, catálogos y pintadas antibelicistas, feministas, indigenistas, quincemeras, relacionadas con el activismo del SIDA...Una panoplia de munición izquierdista, acogida por un museo nacional y generosamente patrocinada por el Banco Santander. Todo ello en mitad de un largo conflicto con los trabajadores precarios del museo, al estilo de cuando se descubrió que la comprometida gala de los Goya era posible gracias a un pequeño ejército de becarios sin remunerar. Como señaló el crítico de arte Iván de La Nuez, «el arte contemporáneo tiene un pie en el 15-M y otro en los petrodólares».

10. De Carmen Maura a Inés Hernand y la explosión del feminismo

La década de los ochenta en España trajo la aparición de figuras femeninas fuertes, que representaban roles totalmente diferentes a los asignados por la sociedad franquista. Actuaban de manera natural y desenfadada, sin necesidad de pancartas o lemas reivindicativos, simplemente haciendo lo que aspiraban a hacer sin pedir permiso ni perdón a los hombres. La más impactante, sin duda, fue Alaska, que desde los catorce años fascinó a la sociedad española con su desparpajo y sus estilismos imposibles. Compañeros de la movida le dedicaron himnos admirativos, caso de Santiago Auserón con Radio Futura («Divina») o Fernando Márquez con La Mode («Aquella chica»). Otra figura femenina central fue Paloma Chamorro, presentadora de programas sobre pintura o de *La edad de oro*, el espacio musical emblemático de la época. También destacó en esos años Ana Torroja (Mecano), por la combinación de su preciosa voz, una magnética imagen andrógina y la elegancia con la que cantaba letras en masculino, escritas por los hermanos José María y Nacho Cano.

Por encima de todas, el icono de la década fue la actriz Carmen Maura, capaz de conectar con antiguos y modernos, gracias en gran parte a sus gloriosos papeles en las películas con Pedro Almodóvar, donde encarnó a la ama de casa acorralada (*¿Qué he hecho yo para merecer esto?*, 1982), la madura destrozada por el desamor (*Mujeres al borde de un ataque de nervios*, 1988) y el arquetipo de madre añorada (*Volver*, 2006). A pesar de representar personajes hechos papilla, Maura fue una mujer fuerte en el imaginario social español, para empezar porque Almodóvar la trató como una pieza clave en su carrera, y con el tiempo admitió que fue Maura quien financió la primera película del manchego (*Pepe, Luci, Bom y otras chicas del montón*). «Carmen fue la que me descubrió», explica en el documental *Ay Carmen* (2018), un homenaje a una de las actrices que ha marcado la historia del cine español.

El PSOE supo favorecer la identificación con las mujeres independientes y poderosas, incluso provocarla en algunos casos. Pensemos en Pilar Miró, una directora de cine muy cercana al partido, que llegó a dirigir Televisión Española y a ejercer labores informales al comisariado político del felipismo. Otro caso es el de la mencionada Paloma Chamorro, muy identificada con la gestión del alcalde Tierno Galván, encargada de retransmitir por televisión los conciertos multitudinarios que pagaban los socialistas para ganarse a la juventud. En todo caso, las mujeres citadas no eran conocidas por su militancia política, llevada de forma más o menos discreta, sino por sus éxitos profesionales, que hubieran

sido complicados o imposibles durante el franquismo, dando a los españoles un ejemplo práctico y cotidiano de los cambios que había traído el PSOE. Ninguna de las tres tuvo la necesidad de hablar casi nunca de feminismo, ni de adoptar el papel de víctimas, sino solamente de vivir sus triunfos profesionales.

Sus equivalentes actuales son totalmente distintas, más vinculadas a una lógica contracultural que exhibe haber sufrido las opresiones del sistema para conectar con un público femenino que pone la discriminación de género en el centro de su discurso. Figuras como Inés Hernand y Henar Álvarez, abanderadas de un feminismo posmoderno, antifamilia y antihombres, han encontrado amplio eco en Televisión Española, la empresa de podcasts sueca Podimo y una constelación de digitales progresistas que va de *Público* al *Eldiario.es*, de *Infolibre* al *Huffington Post*, pasando por cabeceras *fashion* como *SModa* de *El País*. Por debajo de ellas, un submundo de estrellas menores que rozan el lumpen, con declaraciones que podrían ser objeto de denuncia penal, como las de Samantha Hudson (que llegó a bromear con tener sexo abusivo con niñas de doce años), Soy una Pringada (que se declara partidaria de matar a los votantes de Vox) e Irantzu Varela (que considera que tener un orgasmo con un hombre es colaborar con la opresión del patriarcado).

El problema para la hegemonía cultural del PSOE es evidente, ya que se ha pasado de un paradigma propositivo a otro divisivo. Ningún hombre vivía el triunfo de Carmen Maura, Alaska y Ana Torroja como algo intimidante, no porque fueran menos ambiciosas sino porque sus logros no exigían que a ningún hombre le fuese peor. Hoy se vive una creciente división social entre feministas militantes y antifeministas que consideran que las leyes promovidas desde el gobierno de coalición rompen el principio de igualdad y minan los derechos constitucionales. Es una guerra observable desde las aulas de instituto hasta las tertulias televisivas, pasando por las charlas en bares, cocinas y oficinas. Otra prueba más de que la hegemonía cultural progresista se hace más débil año tras año.

Nota final

No es la intención de este texto sentar doctrinas ni fórmulas, solamente recopilar unos cuantos análisis disponibles sobre la crisis cultural del PSOE. También se aspira a convencer de que la pasividad política, la eliminación del ministerio de Cultura o la rebaja de presupuestos públicos en este campo son sinónimos de rendición. Cualquier observador neutral curioseando una hora en Internet puede constatar el desapego popular del español medio por los premios Goya, el sistema de museos, las novedades de ensayo progresista, las tesis contra la familia tradicional y el apego a sus símbolos nacionales (bandera, selección de fútbol, discursos sobre unidad de España etcétera). Los más veteranos podrán apreciar también el contraste entre la maciza hegemonía progresista de los años ochenta y el descrédito actual.

Gracias especiales a José María Marco por su tiempo y sugerencias durante la elaboración de este informe.



Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura

fundaciondisenso.org